

Capital letrado y cultura política de la izquierda centroamericana, 1921-1933

Ricardo MELGAR BAO

La intelectualidad cominternista no ha suscitado mayores estudios en América Central, salvo de aquella que participó en los años del Frente Popular Antifascista y dio su adhesión militante a la causa republicana en la guerra civil española. Nos referimos a que el periodo más estudiado corresponde al de la segunda mitad de los años treinta del siglo pasado. Nosotros intentaremos aproximarnos a los años previos, de 1921 a 1933.

En el desarrollo de este trabajo le daremos centralidad a la conceptualización y caracterización del intelectual cominternista, para luego desplegar algunas entradas que le den visibilidad concreta, sin obviar los virajes políticos de la Internacional Comunista. Consideraremos también la importancia de las redes interclasistas y transfronterizas que los intelectuales cominternistas centroamericanos supieron tejer, no sin fisuras y tensiones, y presentaremos algunos de sus productos ideológicos y políticos.

En lo general, particularizaremos el papel que jugó la recepción, producción y circulación del capital letrado filocominternista asociado al precedente de tradiciones ideológicas convergentes, y lo reubicaremos en los marcos de la cultura política de la izquierda centroamericana. También rastreadremos algunas de las proyecciones de los intelectuales y del capital letrado en la educación popular, la vida sindical, las prácticas políticas cominternistas en la región, y algunas expresiones de su propia cotidianidad.

El intelectual cominternista

La intelectualidad para los cominternistas fue una categoría zigzagueante, más ligada al campo político que al propiamente intelectual. En el primero expresaba la vocación de poder bajo el arropamiento retórico de una no probada representación *proletaria*, que debería lograr la adhesión de los trabajadores del campo y la ciudad, el bloque obrero y campesino, aunque en los años veinte se le dio cierta cabida a la pequeña burguesía y aún a la denominada burguesía nacional. La lucha de Sandino fue el centro de esta lectura. En el segundo, el intelectual cominternista debía cumplir un papel beligerante del frente ideológico contra la burguesía, el imperialismo y sus aliados. Más propiamente la intelectualidad debía ser objeto de una doble traducción, considerando su función y su carácter de clase. Por lo anterior, nada más propio que el uso del concepto de trabajador intelectual, el cual expresaba la nueva concepción marxista y por ende materialista sobre su quehacer,

y lo despojaba de los artificios espiritualistas que anteriormente lo signaban. Gracias a ello podía romperse con dos mitos: el del genio que tenía una carga fuertemente individualista y metafísica, y el mito quietista de la torre de marfil, es decir, el del no compromiso social o político del intelectual.

Reivindicar la adscripción de trabajador hermanaba al intelectual a sus muchos pares, más allá de sus diferenciados antecedentes formativos o actividades profesionales o artísticas. Por añadidura, el trabajador intelectual cominternista debía sentirse obligado a tender un puente fraternal hacia las demás categorías de trabajadores de la ciudad y el campo, e insertarse en el curso de la lucha de clases del lado de las denominadas fuerzas motrices de la revolución. La lógica del frente único, aunque fue endureciéndose a lo largo de los años veintes, permitió una cierta y heterogénea presencia intelectual. En otras palabras, en los espacios públicos en los que el frente único logró cierta visibilidad, las mediaciones entre el campo político e intelectual fueron inevitables. También lo fueron los espacios liminares que configuraron los diarios y revistas cominternistas, así como los lugares donde se practicaba la educación de cuadros o de trabajadores. Contaron también con otras revistas, *Repertorio Americano de Costa Rica*, dirigida por Joaquín García Monge, y *Amauta* del Perú, dirigida por José Carlos Mariátegui. En tiempos de clandestinidad, el intelectual cominternista supo de lo puntos de fusión entre los dos campos.

En lo general, el concepto de trabajador intelectual, que había sido legado por las tradiciones anarquistas y socialistas, logró su *distintividad* cominternista gracias a las campañas de proletarización. El trabajador intelectual debía ser *sustantivado* ideológica y políticamente, lo que hizo posible una vieja sinonimia con la de intelectual, siempre y cuando fuese filiado como proletario, revolucionario o comunista.

Bajo el llamado *tercer periodo* se dieron algunos excesos en los modos de guiar la proletarización de los intelectuales cominternistas a la renuncia de los estándares de vida pequeño burgueses a favor de la vida estoica y la pobreza. Algo de religiosidad había en el proceso de proletarización intelectual, que negaba en su adhesión ideológica, en su práctica política y en su vida cotidiana su pecaminoso origen de clase pequeño burgués.

Las exigencias y directivas del Comintern hacia los intelectuales descartaron algunos proyectos autonomistas. Así quedó atrás el de la Internacional del Pensamiento, lanzado por Henri Barbusse (1873-1935) en las páginas de la revista *Clarté*, en París, el cual fue reemplazado por dos frentes: el magisterial y el de los escritores y artistas. El primero se afirmó con la constitución y expansión de la Internacional de Trabajadores de la Enseñanza (ITE) y su ramal continental: la Internacional Magisterial Americana (IMA), a partir de 1928, que buscaba congregar a los partícipes y adherentes a los sindicatos magisteriales. El segundo correspondió a la creación de las sociedades o ligas de escritores y artistas revolucionarios, que no llegaron a formalizar una dirección internacional, aunque reconocían a sus pares soviéticos como polo de dirección. Desde 1925 en Moscú funcionaba el Buró Internacional de Literatura Revolucionaria, que años después se convertiría en la Organización Internacional de Escritores Revolucionarios, más conocida por las siglas MOPR.¹ La presencia intelectual cominternista en América Latina también tendió a concentrarse en las secciones nacionales de El Socorro Rojo y de la Liga Antiimperialista.

¹ Natalia Kharitonova, "La Internacional Comunista, La MOPR y el movimiento de artistas revolucionarios españoles (1931-1934)", en <www.uclouvain.be/cps/ucl/euro/documents/Kharitonova37.pdf> [Consulta: s/f, p. 2.]

Se sostenía que el intelectual cominternista debería servir a la revolución, a la Unión Soviética, a la lucha antiimperialista, al pueblo, a la clase obrera, al partido comunista. La preocupación general cominternista se orientaba hacia la intelectualidad emergida de la pequeña burguesía, en tiempos en que la Universidad ensanchaba sus puertas a este sector social, lo que no quiere decir que todos los intelectuales saliesen de sus aulas. En 1928 se fue afirmando una línea antiintelectualista en América Latina, que sostenía que la pertenencia de clase de los intelectuales a la pequeña burguesía determinaba su débil y vacilante liga con la revolución y la Internacional Comunista. Algo de esto hay en las tesis del cubano Julio Antonio Mella en su crítica a la Alianza Popular Revolucionaria Americana (APRA), liderada por Haya de la Torre, que poseía un Comité Ejecutivo Centroamericano en Quetzaltenango. Al respecto, Mella sostuvo:

Afirmar que los “trabajadores intelectuales” son, en conjunto, una base para la revolución, es entregar el movimiento en manos de los charlatanes y políticos profesionales, maquiavelos de la traición revolucionaria. Sin embargo, los comunistas no están contra los verdaderos trabajadores intelectuales, a quienes se consideran, en su inmensa mayoría, unos explotados. Pero la historia de los partidos socialistas y comunistas, así como de la Revolución Rusa, indican que a los “trabajadores intelectuales” les gusta más una limosna de la burguesía capitalista que ir a las filas de los revolucionarios. Por cada miembro intelectual de un partido u organización proletaria, hay un enorme porcentaje de “obreros manuales”.²

El VI Congreso de la Internacional Comunista, celebrado en Moscú del 17 de julio al 1 de septiembre de 1928, trazó con mayor firmeza las coordenadas sobre la proletarización intelectual, así como la de su *subalternidad* frente a la clase obrera. Bujarin, en su réplica general, tomó distancia frente a las corrientes *liquidacionistas* obreristas de la Liga Antiimperialista, porque casi no hay proletarios ni comunistas y dijo que en su lugar, “hay allí muchos intelectuales”. Bujarin criticó el hecho de que los partidos comunistas habían hecho poco por las ligas, y planteaba que era una labor que había que hacer. Decía que las importantes movilizaciones logradas por la Liga Antiimperialista en México seguían siendo una excepción a la regla.³ A partir de 1929 y hasta 1934 la crítica al bujarinismo osciló entre el rechazo y la desconfianza a los intelectuales, a los pequeños burgueses, a los artesanos y al propio campesinado.

La renovación del capital letrado

El panorama letrado puede ser explorado a partir de la información censal y educativa de la región. En el curso de las primeras décadas del siglo xx, Costa Rica destacó por su excepcionalidad educativa en la región, gracias a una reorientación del gasto público. Según el censo de 1927, la población alfabetizada representaba 85.7 % de la población en las principales ciudades, frente a los no desde-

² Julio Antonio, Mella, *¿Qué es el ARPA? La lucha revolucionaria contra el imperialismo*. Lima, s.p.i., 1975, p. 28. (Colección Ciencias Histórico Sociales)

³ N. I. Bujarin, “Discurso de conclusión del camarada N. I. Bujarin sobre la situación internacional y las tareas de la I. C.”, en *VI Congreso de la Internacional Comunista*, segunda parte, “Informes y conclusiones”. México. Siglo XXI, 1978, p. 115.

ñables índices de 66.8 % en las ciudades menores y de 56.4 % en el campo. Al historiador Iván Molina no se le escapa el hecho de que esta nueva base letrada posibilitó “una expansión decidida de la cultura impresa, que se expresó en la creciente publicación de periódicos, revistas, libros y folletos”.⁴

La emergente intelectualidad cominternista centroamericana desarrolló una línea de fuerza contrapuesta principalmente a la intelectualidad oligárquica en el campo cultural. No obstante su pequeño número, su fuerza se afirmó en su capacidad de interlocución y ascendencia sobre sectores populares, principalmente urbanos. La intelectualidad cominternista se situó en un espacio ya hollado por algunos de sus pares anarquistas, socialistas y librepensadores en la perspectiva de erosionar los fundamentos y expresiones de la cultura oligárquica. La censura, la represión y el exilio formaron parte de sus accidentes de trabajo intelectual y político, siendo más fuerte en algunos países que en otros.

El capital letrado asumió diversos contornos en los países centroamericanos, asociados a sus niveles educativos y condiciones políticas restrictivas o no. En las repúblicas oligárquicas, la lectura, la escritura y los medios de impresión y circulación fueron controlados tanto por las entidades eclesiásticas como por las gubernamentales, encargadas de la censura, sea por razones religiosas, ideológicas y/o políticas. Comenzaban los tiempos en que el capital letrado se expresaba mediante la oralidad secundaria, vía la radio, y llegaba a sectores no letrados. Hubo, es cierto, mediaciones previas por las que el capital letrado irrumpió vía la oralidad en sectores no instruidos, gracias a los más diversos medios: las conferencias, ciertas piezas de oratoria en plaza pública, la lectura en voz alta y los temas traídos a las tertulias, cafés, e incluso cantinas. Sin lugar a dudas, el capital letrado incidió en los nuevos espacios y modos de la sociabilidad urbana, y tenuemente en los propios del mundo rural de las minas y bananeras.

Las revistas y diarios cominternistas devinieron en espacios de sociabilidad al mismo tiempo que en emprendimientos políticos y culturales de relativo y accidentado desarrollo.

Bajo este panorama cultural, los intelectuales cominternistas centroamericanos no fueron ajenos a una tensión crónica entre las diversas lecturas que fueron modelando su sensibilidad social y política. Lecturas propias del romanticismo social, del positivismo y de algunas corrientes *intuicionistas* y *voluntaristas* mediaron en la recepción del marxismo cominternista. El comunista salvadoreño Miguel Ángel Vásquez recuerda que desde niño se cultivó en la lectura gracias a la buena biblioteca que poseía su padre. Gustaba leer novelas, obras sobre liberalismo y algunos libros sobre cuestiones sociales. De sus lecturas destacó su pasión por los relatos de Víctor Hugo. No hubo obra de este exponente del romanticismo social que llegase a sus manos y dejase sin leer. Vásquez señaló que la lectura de *Los miserables*, sobre todas las obras de Hugo, fue la que dejó huella indeleble en su memoria. Y confiesa que hacia 1920, leyó un primer texto doctrinario, el *Manifiesto comunista* de Marx y Engels, gracias a un español, vendedor itinerante de libros.⁵ Este dato no es menor, ya que invita a rastrear además de las librerías y bibliotecas, la presencia relevante de los vendedores

⁴ Iván Molina, “Los primeros años de trabajo, el periódico del Partido Comunista de Costa Rica (1931-1935)”, en *Revue de civilisation contemporaine de l'Université de Bretagne Occidentale*, núm. 4. 2004. <<http://www.iniv-brest.fr/annis>> [Consulta: 7 de marzo, 2006.]

⁵ Ernesto Isunza Vera, “‘Todo esto me lo he buscado yo’. Historia de vida de Miguel Ángel Vásquez Eguizabal, comunista centroamericano de la vieja guardia”. Doc. mecanoscrito. Xalapa, Veracruz, noviembre, 1992, p. 28.

ambulantes de libros, que supieron hilvanar una red de clientes lectores, en la cual se negociaban las novedades y los pedidos especiales, algunos al margen de los cánones de censura política y religiosa.

A principios de los años treinta Costa Rica vivía ya diez años de la primera oleada migratoria que trajo al país a rumanos, húngaros, ucranianos, austriacos, rusos y polacos, muchos de ellos judíos. Y justamente los judíos se vieron muy afectados por una campaña hostil en los medios gráficos y políticos al ser acusados en aquellos años de ser vendedores ambulantes de libros comunistas, o de vender y distribuir propaganda roja tras la cortina.⁶

Vásquez era entonces un adolescente y conoció la capital de El Salvador y de Guatemala, donde realizó sus estudios de bachillerato e hizo sus primeras experiencias en el terreno político estudiantil. Formó parte de un colectivo juvenil que editaba la revista *Verbo Estudiantil*, al lado de algunos poetas como Juan Coto y Miguel Ángel Espino. Hicieron campaña a favor del liberal Tomás García Palomo, candidato opositor al promovido por el clan de los Meléndez. Vásquez resintió el acoso gubernamental e incluso recibió la presión policial para que cesasen los ataques que lanzaban desde *Verbo Estudiantil*. Luego, tras recibir una orden de arraigo en la capital y tras el inminente riesgo de ser detenido, optó por salir clandestinamente del país, embarcándose con destino a las costas de Guatemala.⁷ Más allá de la singularidad del caso debemos preguntarnos: ¿cuántos viajes intrarregionales hubo de por medio en las biografías de quienes más tarde serían conocidos cominternistas centroamericanos? No lo sabemos, pero seguramente seguían las rutas y los ritmos de un no desdeñable, aunque accidentado, corredor económico, educativo y político. Recordemos que en el imaginario de los intelectuales centroamericanos, más allá de sus filias de izquierda o de derecha, la experiencia del viaje poseía significativos anclajes y expectativas culturales, además de contar en su haber con dos viajeros emblemáticos del modernismo: el poeta nicaragüense Rubén Darío (1867-1916) y el escritor guatemalteco Enrique Gómez Carrillo (1873-1927).

Los viajeros cominternistas se amoldaron a los itinerarios de las embarcaciones mercantes o de pasajeros que unían los puertos centroamericanos con los de otros países y continentes. El historiador Antonio García de León ha destacado el papel que también jugó el ferrocarril no solo como medio de transporte transfronterizo, sino como privilegiado vehículo de circulación y propaganda política y sindical. Vía ferrocarril llegaron a México activistas y desterrados procedentes de Guatemala, El Salvador y Nicaragua, quienes lograron insertarse en las filas del sindicalismo, del agrarismo y en organizaciones comunistas.⁸

Vásquez, de diecinueve años, se exilió en Guatemala sin haber concluido sus estudios de bachillerato, mismos que culminó, con la ayuda de su padre, en aquel país que lo recibió. Elegir a Guatemala como destino se debió, más bien, a circunstancias de cercanía con su país y a sus limitados recursos económicos. Guatemala vivía entonces un clima de crisis política que llevaría pocos meses después a la caída del dictador Manuel Estrada Cabrera.

⁶ Samuel Guy Inman, *El destino de América Latina*. Pref. de Luis Alberto Sánchez. Santiago de Chile, Ercilla, 1941, p. 271.

⁷ E. Isunza Vera, *op. cit.*, pp. 14-15.

⁸ Antonio García de León, *Resistencia y utopía. Memorial de agravios y crónica de revueltas y profesías acaecidas en la provincia de Cbiapas durante los últimos quinientos años de su historia*. México, Era, 2002, p. 373.

Fue en este país receptor donde nuestro joven exiliado se radicalizó al contacto con nuevas corrientes del pensamiento político: “se empezaba a hablar de la Revolución rusa y de Lenin. Conocí mediante pláticas en esos años a luchadores de México [...] conocí entonces el nombre de Herón Proal”.⁹

Vásquez se inscribió en la Facultad de Derecho de la Universidad de San Carlos, donde estudió de 1919 a 1920. Según su testimonio, cultivó en sus aulas relaciones con otros jóvenes con quienes no necesariamente compartió sus posturas ideológicas, pero sí creó un fuerte vínculo. Tal es el caso de Miguel Ángel Asturias, José Luis Balcárcel, Alfredo Valle Calvo, Antonio Cruz, Rafael Castellanos, Francisco Sarti, Clemente Marroquín Rojas. Cabe destacar que Valle Calvo indujo a Vásquez a afiliarse a la masonería en Guatemala.¹⁰

Vásquez narró haber participado en el emprendimiento de acciones contra la dictadura de Estrada Cabrera. Así, por ejemplo, participó en la toma de una comisaría y luego de la Penitenciaría al lado de Clemente Marroquín, bajo las banderas del Partido Unionista. Luego intervino en el ataque a La Palma, la casa presidencial, aunque se retiró tras ser herido.¹¹

Después de la caída de Estrada Cabrera la Universidad de San Carlos comenzó a vivir un clima de efervescencia estudiantil, y en 1921 se constituyó la Asociación de Estudiantes Universitarios (AEU), que editó la revista *Studium*, en la cual colaboró como articulista.

Studium y *Claridad*, entre otras revistas de la juventud universitaria centroamericana, nos revelan por un lado el entusiasmo por el ideal unionista, así como cierta preocupación por la agenda social y política, y, por el otro, la recepción de la prédica barbussiana.¹² *Claridad* devino en réplica latinoamericana de la emblemática *Clarté* parisina, y circuló en casi todas las grandes ciudades del continente.

La figura del vendedor de libros reaparece un año después del encuentro con Vásquez. Farabundo Martí, quien se había inscrito en la Facultad de Derecho en la Universidad de San Carlos de Guatemala, consiguó, con el mismo vendedor de libros español, *El estado y la Revolución* de Lenin, y después de leerlo se lo prestó a Vásquez.¹³ Es probable que hayan sido muchos los jóvenes intelectuales que supieron apreciar los servicios de tan actualizado y oportuno vendedor de libros.

La relación entre Vásquez y Martí nos invita, en retrospectiva, a recuperar el periplo vital del segundo. La idea es iluminar dos trayectorias que corren por la misma época en paralelo, y que luego se cruzan para insertarse en una red compleja, intelectual y política. Farabundo Martí puede ser ubicado en las filas de los intelectuales cominternistas, independientemente de que no haya terminado una carrera profesional. La formación de Martí fue más de un autodidacta que la de un universitario, aunque pasó, durante espacios breves, por las aulas de la Universidad entre El Salvador y Guatemala.¹⁴ Además de las redes universitarias salvadoreñas y guatemaltecas cultivadas de 1919 a 1920, Martí sostuvo otra de manera directa con los intelectuales.

⁹ E. Isunza Vera, *op. cit.*, p. 16.

¹⁰ *Ibidem*, p. 21.

¹¹ E. Isunza Vera, *op. cit.*, pp. 22-24.

¹² Epanimondas Quintana, *La Generación de 1920*. Guatemala, Tip. Nacional, 1971.

¹³ E. Isunza Vera, *op. cit.*, p. 34.

¹⁴ Jefeits *et al.*, *La Internacional Comunista y América Latina, 1931-1934. Diccionario biográfico*. S/p, Instituto de Latinoamérica de la Academia de Ciencias de Moscú / Institut pour l'Histoire du Communisme de Ginebra, 2004, p. 197.

El primero de ellos lo aproximó a los intelectuales de su país, entre quienes destacan Salvador Salazar Arrué (1898-1975), que escribía bajo el pseudónimo de Salarrue, y Joaquín Castro, más conocido por su pseudónimo de Quino Caso, entre otros. Este círculo literario, que gustaba de la tertulia y la bohemia, tenía como cuartel general un café situado a espaldas del Teatro Nacional. A Martí, por su tez morena, lo apodaban “El Negro”, en el círculo intelectual. El poeta Salarrue, que pertenecía a la red intelectual construida por el escritor Alberto Masferrer, mantuvo cercana amistad con Martí. A un año de la muerte de Farabundo, Salarrue le dedicó un sentido artículo necrológico titulado “El sembrador desconocido”, aparecido en las páginas del diario *Patria*, que circulaba a contracorriente de la censura gubernamental impuesta tras la masacre de 1932. El título restaura la imagen y memoria del caído, y le reconoce su condición de par intelectual y amigo:

Queremos dedicar a su memoria estas breves líneas; primero, porque fue nuestro amigo y varias veces estuvimos a solas conversando sobre las cosas del espíritu, cosas que han movido nuestras naves, cada una por su ruta; y segundo, porque Martí: por su calidad de hombre de ideal, de renunciador, de héroe, se merece la admiración de todo hombre sano, no por sus ideas sino por su entereza e inegoísmo para sostenerlas.¹⁵

Martí tuvo una breve estancia de un año por la Facultad de Derecho de la Universidad de San Carlos, en Guatemala. Luego vendría el radicalismo estudiantil cruzado con el influjo unionista y los primeros atisbos de recepción del mensaje intelectual marxista. Los llamamientos en favor de construir una Internacional del Pensamiento lanzados por Henri Barbusse a través de la revista *Clarté* tuvieron ecos entre los jóvenes intelectuales que miraban con simpatía la nueva Rusia y la política educativa y cultural de Anatoli Lunatcharsky.

El interés de Vásquez y Martí por acceder y buscar textos marxistas expresaba su tendencia parecida a la vivida por otros jóvenes intelectuales en otros países. Es indicativo de esta atmósfera ideológica una de las conclusiones del Congreso Internacional de Estudiantes, celebrado en México en 1921, que fue votada por los delegados centroamericanos y que a la letra decía lo siguiente: “Estudiaremos y daremos forma a un proyecto de organización escolar, de tal suerte que podamos sacar de las escuelas oficiales a la juventud, que está educándose con todos los prejuicios de la sociedad actual y encauzarla por el ideal comunista”.¹⁶

Otra de las repercusiones de dicho congreso fue la fundación del Consejo Federal de Estudiantes Centroamericanos, desde las aulas de la Universidad de San Carlos. Entre sus integrantes se encontraba, por supuesto, Miguel Ángel Vásquez.¹⁷

¹⁵ Salarrue, “El sembrador desconocido”, publicado originalmente en mayo de 1933 en el diario *Patria* de El Salvador y reproducido en *Tres Mil*, suplemento cultural de *Diario Co Latino*, núm. 783. El Salvador, 15 de enero, 2005, p. 2. [Primera edición: 1933.]

¹⁶ “Los comunistas clausuran su Congreso de tres sesiones, después de tomar los más absurdos acuerdos” en *Excelsior*. México, 3 de agosto, 1921, 2ª sección, p. 5.

¹⁷ Arturo Taracena Arriola, “Miguel Ángel Asturias y la búsqueda del ‘alma nacional’ guatemalteca. Itinerario político, 1920-1933”, en Amos Segala, coord., *Miguel Ángel Asturias. París 1924-1933*. México, UNESCO, 1989, p. 681. (Colección Archivos)

Ir al pueblo

Para los intelectuales cominternistas que optaron por trabajar con los sectores obreros, artesanales y campesinos la Internacional Comunista tenía previstos lineamientos políticos, y quizás cierta sedimentación ideológica propia del romanticismo social, así como de las tradiciones anarquistas y socialistas. A fines de 1923 se reforzó la conciencia antiimperialista entre los estudiantes universitarios, cuando se hizo evidente el entreguismo del régimen de Orellana al capital estadounidense. En 1924, Orellana decidió clausurar la universidad para acallar la protesta universitaria.¹⁸

El capital letrado de las organizaciones cominternistas se concentró en la biblioteca y el archivo. La primera, aunque rala en libros, folletos y periódicos, nutría las lecturas y formación ideológica de los cuadros. El segundo, por concentrar la correspondencia, las actas de reuniones de dirección o de organismos, así como los planes y programas del trabajo conspirativo, abierto o legal, intentaba ser celosamente guardado para prevenir los operativos de allanamiento y dismantelamiento policial. También contaban para las organizaciones los medios de impresión, que podían ir de imprentas a mimeógrafos pasando por instrumentos propios de la xilografía. Los responsables o custodios del partido de estos recursos letrados y medios de difusión y propaganda gráfica tuvieron que pasar momentos difíciles, e incluso pusieron en peligro su salud, su libertad e incluso su propia vida.

Algunos jóvenes intelectuales cominternistas centroamericanos habían tenido experiencias previas con trabajadores urbanos, quizás animados por las ideas en boga de la extensión universitaria que ratificaron los congresos panamericanos de estudiantes desde principios de siglo. Por lo anterior, resulta excepcional que Miguel Ángel Vásquez, siendo estudiante de la Facultad de Derecho de la Universidad de San Carlos, haya tejido vínculos solidarios con ciertos líderes artesanales: “[...] había un maestro carpintero llamado Julio Alberto Pinal. Era un hombre muy rebelde, que estaba sordo como resultado de las palizas que le había propinado la policía, por lo que tenía cicatrices en la cabeza. Él me fue presentando a otros más entre los que vino un zapatero de apellido Cumes”.¹⁹

Vásquez, según sus propias evocaciones, andaba empeñado en acercarse a los trabajadores manuales urbanos. A los primeros los urgió para que convocaran a más compañeros, hasta que logró formar un grupo de ocho, que sirvió de base para la fundación del Partido Comunista de Guatemala, en 1923. El acto de fundación se realizó en un local situado en las afueras de la ciudad capital, y en el acto participaron, además de Julio Alberto Pinal, el zapatero Antonio Cumes, dirigente de la sociedad El Porvenir de los Obreros, e integrante de la Unificación Obrera Socialista; los carpinteros Luis Villagrán y Antonio Obando Sánchez; además del panadero Luis Chiguichón.²⁰ Eran años en que las elites de los artesanos urbanos tendieron a cultivarse en los campos de la cultura y la política. Así las cosas, la aproximación entre artesanos e intelectuales o políticos respondió a sus expectativas mutuas.

¹⁸ *Ibidem*, p. 689.

¹⁹ E. Isunza Vera, *op. cit.*, p. 28.

²⁰ *Ibid.*, p. 29.

Convergentemente con lo anterior, los estudiantes universitarios adheridos a los lineamientos de la extensión universitaria promovieron, el 1 de marzo de 1923, la creación de la Universidad Popular en Guatemala, y en el curso de 1924 otra en El Salvador.²¹ La vanguardia estudiantil universitaria cultivaba un cierto mesianismo civilizador que muchas veces asumió tintes radicales y facilitó la recepción de las corrientes de izquierda, anarquismo, socialismo y comunismo. El vasconcelismo coadyuvó a la extensión de este proceso de circulación del capital letrado en los sectores obreros y artesanales.

Desde 1922, el mexicano Juan de Dios Bojórquez, embajador itinerante en América Central, daba cuenta de las donaciones de libros a bibliotecas obreras de Honduras y Nicaragua, editados bajo la gestión de José Vasconcelos al frente de la Secretaría de Educación Pública de su país.²² Bojórquez fue el principal animador de la fundación del Bloque de Obreros Intelectuales en México y sus redes latinoamericanas desde los inicios de la década de 1920.²³

El golpe de estado contra el presidente Carlos Herrera de Guatemala, ocurrido el 5 de diciembre de 1921, derivó en que asumiera el poder el ministro de guerra José María Orellana. La gestión de Orellana apuntó a restringir los espacios públicos para la expresión política y social. La clausura de la Universidad el 28 de abril de 1923 y la expulsión de los dirigentes universitarios tenía como meta poner fin a las protestas contra las concesiones a la Central American Power y los dolosos empréstitos contraídos con organismos financieros estadounidenses.

En tal contexto, los comunistas, recién constituidos en partido, resintieron la ofensiva gubernamental. De 1923 a 1925 les tocó vivir un primer ciclo de acciones represivas ejecutadas contra sus repositorios de textos y medios de impresión. Según el testimonio del militante Max Melgar fueron tres los hechos represivos que tuvieron un alto costo para el partido. El primero se dio en julio de 1923, cuando la biblioteca fue saqueada por las fuerzas del orden, dejando heridos al bibliotecario y a su hijo. Dos meses más tarde se dio el segundo, cuando el gobierno ordenó una requisita violenta de la biblioteca partidaria a la que se sumó la destrucción de la imprenta, el agravio a la bandera roja y la prisión, durante un mes, de Antonio Cumes y Antonio Avelar. El tercer suceso se dio el 3 de febrero de 1924, con una tercera requisita policial en la biblioteca que dejó herido al Adalberto del Pinal, responsable de la misma, quien además fue llevado preso por un lapso de tres meses. En dicho tiempo, se institucionalizó la aplicación de la tortura.²⁴

El panorama no mejoró. José María Orellana sostuvo el hostigamiento y represión contra sus opositores políticos, y se vivieron nuevas detenciones de militantes comunistas, y nuevos allanamientos y confiscaciones de sus recursos letrados y medios de imprenta. En 1924 en las cárceles guatemaltecas había 125 detenidos políticos, entre los que se encontraba una veintena de comunistas.

Luis Villagrán da su testimonio: "En 1925, después de realizado el acto en memoria de Lenin, la imprenta fue nuevamente saqueada. En esta ocasión fue bárbaramente torturado el compañero Del Pinal, que permaneció trece meses en la prisión".²⁵

²¹ *Ibid.*, p. 89.

²² Juan D. Bojórquez, "Donaciones a varias sociedades obreras de Centro América", en *El Libro y El Pueblo*, núm. 26. México, agosto, 1922.

²³ Humberto Musachio, *Diccionario enciclopédico de México*, t. I. México, Editorial Andrés León, 1989, p. 209.

²⁴ E. Isunza Vera, *op. cit.*, p. 145.

²⁵ *Idem.*

Los comunistas salvadoreños, al igual que sus pares de la región, llevaron por vía oral e impresa, con fines de información y agitación, las noticias internacionales sobre diversas experiencias huelguísticas y revolucionarias.

La escasez de cuadros intelectuales concentraba con exceso ciertas funciones partidarias en algunas personas. Miguel Ángel Vásquez da cuenta de las limitaciones que tenía el Socorro Rojo en tiempos de dura represión, por la falta de intelectuales. Las direcciones cominternistas resintieron en los años duros la escasez de abogados defensores de presos y despedidos. Vásquez rememora que fue el único abogado rojo, así dice: “A mí me tocaron todas las huelgas, para atender lo que hiciera falta en mi calidad de abogado. ¡No había nadie más, todos eran unos collones! Contra mí, sólo hubo amenazas, ¡para qué exagerar!”²⁶

R. Gómez, en un informe del Buró del Caribe de la Internacional Comunista acerca del Socorro Rojo en los países centroamericanos, consigna que en sus secciones no había Departamentos Jurídicos debido a la falta de cuadros especializados y comprometidos en la defensa legal y de masas de los detenidos.²⁷

Jorge Fernández, enviado por el Buró del Caribe para apoyar a las secciones centroamericanas, al mismo tiempo que destacó la ausencia de instructores políticos de la Internacional Comunista para la región, subrayó la importancia del programa educativo para los cuadros:

Careciendo siempre de cuadros, se organizaba la preparación de éstos, claro, limitados por las necesidades materiales, pero se estimulaba a todos los compañeros, se impulsaba a todos en su desarrollo. Se hacían pequeños cursos, charlas, hasta lo que podríamos llamar conferencias, para poder satisfacer esas necesidades urgentes de cuadros que la situación demandaba de forma creciente.²⁸

Los conferencistas y profesores a veces eran cuadros itinerantes que iban de paso a su lugar de destino o expresamente eran enviados por la Internacional Comunista. Las conferencias o cursos podían ser abiertos a los trabajadores o cerrados a los cuadros partidarios. Cuando los disertantes eran centroamericanos, además de los alcances ideológicos y políticos de sus charlas, cumplían la función de tejer o reforzar sus ligas y solidaridades transfronterizas. Miguel Mármol recuerda cómo a fines de 1930, procedentes de Moscú, algunos delegados centroamericanos, entre los que se encontraba él, arribaron a Puerto Barrios y, según sus palabras, lograron:

[...] hacer unos trabajitos de divulgación comunista. Dimos charlas a los obreros bananeros y a grupos de amigos y simpatizantes de las ideas revolucionarias, pero luego los compañeros de la localidad nos dijeron que nos habíamos extralimitado y que de seguro la policía andaría ya buscándonos. De tal modo que arreglamos la forma de irnos lo más pronto posible a la capital.²⁹

²⁶ *Ibid.*, p. 209.

²⁷ *Ibid.*, p. 206.

²⁸ Jorge Fernández Anaya, “La fundación del Partido Comunista de El Salvador”, en *Memoria*, núm. 10. México, mayo-junio, 1985, p. 238.

²⁹ E. Isunza Vera, *op. cit.*, p. 233.

Unionismo y juvenilia radical

En América Central, el periodo estudiado coincide con el de la fundación de la mayoría de las secciones cominternistas en la región, lo que evidencia un desencuentro con el legado frentista de los cuadros del Partido Comunista de América Central. Sin embargo, bajo el *tercer periodo* persistió el ideal revolucionario unionista del fallido Partido Comunista de América Central de mediados de los años veinte, cuyos cuadros sólo tuvieron presencia en tres países: Guatemala, El Salvador y Honduras.³⁰ La recepción del marxismo fue limitada y tardía, aunque por las exigencias partidarias devino en definitoria. El peso de los boletines, periódicos, circulares, informes, folletos y carteles comunistas fue más importante que los escasos libros a los que tuvieron acceso. El universo letrado del Partido Comunista en Guatemala es retratado en su precariedad y apropiación pragmática por Vásquez:

Al Partido le dimos una forma muy rígida que se basó en los informes que llegaban de Europa. Después de los primeros pasos, ya nos mandaban *La Internacional Roja* —léase *International Syndicale Rouge*, *RMB*—, un folleto que nos llegaba de París, una revista que venía en francés. Supimos claramente lo que decían las revistas hasta que se dio la oportunidad de traducirlos con compañeros que venían de otras partes, y que sabían el francés: eran ellos los que nos ayudaban [...] y, bueno, yo que también ayudaba un poquito.³¹

Bajo el clima conmemorativo del centenario de la Independencia, los cominternistas compartían dicho ideal unionista con otras redes intelectuales y políticas lideradas por Salvador Mendieta y Alberto Masferrer, más allá de sus reales disensos ideológicos y diferendos políticos. Al respecto, hubo un formal intento de actualizarlo en 1929, con motivo del viaje a México del comunista salvadoreño Miguel Ángel Vásquez, quien nos relata que tuvo un intercambio epistolar con el hondureño Manuel Cáliz Herrera sobre el relanzamiento del Partido Comunista Centroamericano, previo a su viaje a México, en 1929. Es presumible que dicho carteo se realizase antes de la detención del hondureño el 25 de agosto de dicho año, después de que fuera acusado por haber presuntamente participado en un atentado contra el vice-cónsul estadounidense. Cáliz, dirigente sindical, estaba abocado al trabajo de organización y lucha en los campos bananeros, y resentía desde el mes de julio, una oleada represiva.³²

Lo relevante es que Vásquez compartió con Cáliz la opinión de que, habiéndose extendido las secciones comunistas en la región, las condiciones eran propicias para darle viabilidad al Partido

³⁰ El enfoque clasista fue explicitado en su manifiesto del 1 de mayo de 1925, que consiga A. Tarracena Arriola, en “El Partido Comunista de Guatemala y el Partido Comunista de Centro América (1922-1932)”. Doc. mecanoscrito, s/f., p. 10: “El 1° de Mayo, lo repetimos una y mil veces, es un día de protesta. Los Obreros conscientes de su clase deben de declarar en este día de Huelga General en Talleres, Fábricas, Campos y celebrar reuniones, mítines, manifestaciones para deliberar como clase y como miembros de la familia humana sobre la táctica que deben emplear para acabar con este sistema inocuo y sobre sus escombros edificar la República Comunista del Trabajo y, por lo pronto, organizarse bajo el Pabellón Rojo del Partido Comunista de Centro América y luchar hasta alcanzar el derecho de Huelga, la libertad de imprenta, de asociación y la garantía de los hogares proletarios que son allanados tan brutalmente”.

³¹ E. Isunza Vera, *op. cit.*, p. 31.

³² A. Taracena Arriola, doc. mecanoscrito, s/f., *op. cit.*, p. 18.

Comunista Centroamericano. Vásquez fue cuidadoso en mencionar que dicho proyecto era respaldado por Cáliz Herrera y por “algunos elementos de las direcciones de los Partidos de Honduras y de Guatemala”. Agrega Vásquez que fue el propio Cáliz Herrera quien tomó la iniciativa de redactar el manifiesto regional, y que él sólo hizo pocas correcciones, antes de llevarlo a México.³³

Esta iniciativa unionista revolucionaria se proyectó con poco éxito, bajo condiciones ideológicas adversas. Reinaba en los años de 1927 a 1929, entre Guatemala y Honduras, un clima de mutua animadversión nacionalista por el diferendo fronterizo, al punto que hubieron defecciones en las organizaciones filocominternistas. Así, por ejemplo, el profesor Ernesto Carrera, representante de la Liga Antiimperialista, se sumó a la campaña chauvinista de la Liga Patriótica de Defensa Nacional de Guatemala, lo cual motivó una seria crítica desde el vocero de la Liga Antiimperialista de las Américas.³⁴ A contracorriente de estos desbordes nacionalistas, G. Montero, el secretario general de la Liga Antiimperialista de Costa Rica, elaboró el primer balance de la penetración y lucha antiimperialista en América Central, y promovió algunas tareas conjuntas y solidarias contra la United y la Cuyamel. También contra el proyecto estadounidense de lograr la concesión de construir un canal alternativo al de Panamá.³⁵

Según el propio testimonio de Vásquez, el llamamiento del Partido Comunista de América Central se publicó en la imprenta El Machete, gracias a los apoyos de Hernán Laborde, Rafael Carrillo y Victorio Vidali. Las hojas impresas fueron distribuidas a su retorno por conducto de las redes cominternistas en la región.³⁶ Por su lado, Graciela García dice al respecto:

Si recuerdo muy bien que hubo intentos, no logrados, de crear un partido regional que aglutinara a los partidos centroamericanos, pues a pesar de las dificultades de comunicación de que habla el compañero Mármol, sí existió una relación muy estrecha entre los comunistas centroamericanos, especialmente entre los guatemaltecos, salvadoreños y hondureños, quienes se visitaban entre sí con el fin de intercambiar experiencias de lucha.³⁷

Todo parece indicar que el proyecto de reunificación cominternista en América Central estaba siendo cuestionado por el Buró del Caribe más que por el Partido Comunista Mexicano (PCM). Quizás ello explique la ambivalencia del mexicano Jorge Fernández Anaya durante su misión centroamericana. Debía impulsar, por orden del Buró del Caribe, la creación de la Juventud Comunista en El Salvador, entre otras tareas. Jorge Fernández Anaya relata que su misión fue acordada en una reunión del PCM, presidida por Hernán Laborde, el secretario general. Fue así cómo Fernández Anaya viajó a Guatemala investido de varias representaciones: la del Buró Político del PCM, la de secretario

³³ Miguel Ángel Vásquez, en doc. mecanoscrito de E. Isunza Vera, *op. cit.*, pp. 45-46.

³⁴ A. Taracena Arriola, doc. mecanoscrito, s/f., *op. cit.*, p. 25.

³⁵ Marco A. Montero, “La situación antiimperialista en Centro América (Informe del compañero Marco A. Montero, delegado de la Liga Antiimperialista de las Américas en C. América)”, en *El Libertador*, vol. II, núm. 20. México, mayo, 1929, pp. 6-7.

³⁶ E. Isunza Vera, *op. cit.*, p. 46.

³⁷ Rina Villars, *Porque quiero seguir viviendo..., habla Graciela Gracia*. Honduras, Editorial Guaymurás, 1991, pp. 147-148.

de la JJC y la del propio Buró del Caribe, representante del Bloque Obrero y Campesino de México, además de la de la Confederación Sindical Unitaria de México, con la tarea de “ayudar al Partido Comunista Centroamericano con sede en Guatemala y lo que en adelante se plantease”.³⁸ En realidad, su labor fue en otra dirección, como él mismo lo confiesa:

[...] había un partido que se llamaba Centroamericano pero que era en realidad de Guatemala y Honduras. Entonces propuse a los compañeros que de plano formaran un Partido Comunista de Guatemala. ¿Qué se podría hacer para formar los partidos comunistas de Centroamérica? [...] Entonces se discutió el problema. Miguel Ángel Vásquez intervino apoyando la idea de transformar el Partido Comunista Centroamericano en un Partido Comunista de Guatemala, formar un partido nacional que viera los problemas de Guatemala.³⁹

En 1932, desde otro horizonte ideológico-político, el salvadoreño Alberto Masferrer retomaría el ideal unionista mediante la Unión Vitalista Centroamericana,⁴⁰ a contracorriente de los vientos nacionalistas en boga. Masferrer, sin lugar a dudas, se había erigido en el principal abanderado unionista en las filas intelectuales y del reformismo social, y en la medida en que su proyecto se aproximaba a las concepciones de la socialdemocracia reformista, no podía ser considerado un compañero de viaje de los cominternistas del *tercer periodo*.

Por el contrario, al autor del *Mínimum Vital* se le consideraba un freno para los ideales revolucionarios cominternistas.

Cuadros itinerantes: viajes y exilios

Rearmar la memoria de los viajeros y exiliados centroamericanos fuera de sus países de origen o de la propia región permite recuperar no sólo sus presencias efímeras o relevantes, sino principalmente su inserción en la malla de redes intelectuales y políticas principalmente de izquierda.

Por otro lado, debe mencionarse que América Central operó como región refugio de los exiliados y perseguidos de otros países. Las redes antiimperialistas y cominternistas lograron una autonomía parcial frente a los lugares de residencia o tránsito de sus integrantes, ya que siempre había lugar para la triangulación mediante el mensaje por cable, carta o mensajero.

³⁸ J. Fernández Anaya, en *op. cit.*, p. 233.

³⁹ Carlos Figueroa, “El ‘bolchevique mexicano’ de la Centroamérica de los veinte: entrevista con Jorge Fernández Ayalá”, en *Memoria*, núm. 31. México, septiembre-octubre, 1990, p. 216.

⁴⁰ Alberto Masferrer, “La misión e América”, en *Repertorio Americano*, núm. 4. San José de Costa Rica, 1932, p. 55. Por su parte, Marta Casauús señala en el artículo: “Las redes intelectuales centroamericanas y sus imaginarios de nación (1890-1945)”, en *Circunstancia*, núm. 9, año III. Madrid, enero, 2006. <<http://77www.ortegaygasset.edu/circunstancia/numero9/art7.htm>> [Consulta: 10 de mayo, 2006.], que en Guatemala Masferrer fundó la Unión Vitalista Americana cuyo objetivo era: “Desarrollar en todos los pueblos de la Unión la conciencia viva de un destino común, el cual habrá de cristalizar en la creación de una nueva cultura que traiga a los hombres una verdadera y más amplia justicia, y una más extensa e intensa cordialidad”. Asimismo añadía que iba a “Procurar a todos los habitantes de Hispanoamérica la satisfacción integral de sus necesidades primordiales, según la define la doctrina del *Mínimum Vital*”.

En primer lugar, consideramos que las redes antiimperialistas de los intelectuales centroamericanos de algún modo sirvieron de referencia o soporte de las más propiamente cominternistas. Nicaragua fue un eje articulador de la lucha de liberación liderada por Sandino, pero sin que fuera el único. En mayo de 1927, en la ciudad de Buenos Aires, dos desterrados centroamericanos se vincularon a los quehaceres políticos de la Liga Antiimperialista, nos referimos al abogado salvadoreño Castro Morales y al intelectual guatemalteco Jorge del Valle. Pero esta adhesión distó de ser formal; se insertó en el marco de una agitada lucha interna del Partido Comunista de la Argentina y de sus organizaciones periféricas como la Liga Antiimperialista.

Esta organización, encargada de la prédica y organización antiimperialista, así como de cultivar las redes con intelectuales, políticos y sindicalistas extranjeros, residentes o exiliados en la Argentina, había quedado en manos de la corriente denominada *Chispista*, en abierta oposición a la dirección de Codovilla y Ghioldi y, por ende, de la Internacinal Comunista. La Liga controlada por los *chispistas* tenía prácticamente el control de la campaña antiimperialista y de sus redes amplias. No fue casual que tuviesen de su lado al delegado obrero mexicano Carlos Gracidas, así como a los guatemaltecos ya mencionados, y fuera del país mantuvieron ligas con los peruanos Eudocio Rabines y Haya de la Torre, el primero radicado en París y el segundo en Londres.

En un mitin antiimperialista de corte muy latinoamericano, el guatemalteco Castro Morales se refirió en su discurso a la penetración del *capital yanqui* en las repúblicas centroamericanas, a las ataduras que implicaban los empréstitos y a las concesiones ferroviarias, y a cierto factor subjetivo que favorecía la penetración imperialista, que veía en ella síntomas de progreso en los “bienes materiales”. Por su lado, Valle, el luchador guatemalteco, a nombre de la Liga Antiimperialista de su país, lanzó un llamado de solidaridad a los pueblos latinoamericanos contra el imperialismo estadounidense que asolaba la región centroamericana.⁴¹

Pocos días después, al lado del mexicano Gracidas Castro Morales, participó en un acto público en el local del Centro de Estudiantes de Medicina de la Universidad de Buenos Aires, en solidaridad con la Revolución China, tras el viraje reaccionario y proimperialista cumplido por la dirección del Kuo Ming Tang.⁴² En la misma dirección, el guatemalteco Jorge del Valle, en otro evento antiimperialista, denunció el papel depredador del colonialismo en China, desde los navegantes portugueses del siglo XVI, pasando por la primera ocupación imperialista británica en Cantón, como resultado de la llamada guerra del opio, hasta el más reciente y cruento suceso de los mil quinientos trabajadores decapitados en Shangai. Jorge del Valle siguió la línea antiimperialista prevaleciente en las filas cominternistas más allá de sus reales fisuras, articulando la cuestión china con la cuestión latinoamericana:

Nosotros, debemos ayudar al pueblo chino en su justa lucha; no podemos hacer lo que Rusia: enviar a los revolucionarios armas, municiones y quince mil dólares semanales, pero podemos ayudarlos. ¿De qué manera? Luchando contra los imperialismos que tenemos en América; porque es una verdad ya indudable que no hay en el mundo sino pueblos explotados y castas explotadoras; de tal modo, todos los imperialismos son hermanos, así como lo son todos los oprimidos.⁴³

⁴¹ *Claridad*, núm. 132. Buenos Aires, 15 de abril, 1927, pp. 13-15.

⁴² *La Chispa*, núm. 29. Buenos Aires, 9 de abril, 1927, p. 1.

⁴³ *Ibidem*, p. 2.

Jorge del Valle caracterizó a Centro América como una “mera Colonia yanqui”, y prosiguió su discurso tratando de precisar los alcances de su visión y propuesta antiimperialista para América Latina. Fijó la meta de la lucha antiimperialista de nuestro continente en alcanzar “la emancipación económica”, aunque acotó que ella no implicaba la “exclusión absoluta del capital extranjero”, dada la división internacional del trabajo. Hay atisbos en esta argumentación de una lectura de la NEP formulada por Lenin y Bujarin en 1921 para rectificar el rumbo económico de la URSS, y que siguió vigente hasta el viraje estaliniano de 1929.

Para evitar equívocos, el orador marcó la diferencia y distancia entre el criterio de los gobiernos oligárquicos y el de un gobierno antiimperialista. El primero abría juego al expolio de recursos naturales y humanos, además de que favorecía la dominación política. El segundo, guiado por el criterio antiimperialista, manejaría selectivamente la atracción de capitales a fin de cumplir una “función social” de desarrollo, dado que: “Nuestra América Latina posee inmensas riquezas inexploradas, pero no el dinero para darle valor práctico”.⁴⁴

Por otro lado, también debemos recuperar las huellas señeras de los intelectuales en cada parada de su no siempre definido itinerario en el extranjero. Un testimonio relevante lo constituye el legado por el guatemalteco Juan José Arévalo acerca de la Internacional Magisterial Americana (IMA), rama continental de la Internacional de Trabajadores de la Enseñanza (ITE), bajo el mandato indirecto de la Internacional Comunista. La IMA se constituyó en enero de 1928 en Buenos Aires, y Arévalo, en su calidad de delegado de Guatemala, fue promovido a integrante de su directiva. Aunque Arévalo blanquea parcialmente la imagen de la IMA, nos aporta datos relevantes. Nos dice que los delegados tenían un alto nivel de politización y que destacan en sus filas los adheridos al socialismo y al comunismo; que fue encargado de redactar un texto antiimperialista que condenaba a Estados Unidos por su intervención en Nicaragua, al mismo tiempo que defendía a Sandino; que estuvo presente León Vernochet, el dirigente magisterial comunista francés; que fue en El Salvador el primer país donde los maestros adherentes a la IMA reprodujeron sus acuerdos y directivas continentales; que a la Segunda Convención de la IMA, a celebrarse en Montevideo en 1930, concurrieron por Guatemala Miguel Morazán y él, y que había que sumar también a los delegados de Honduras y El Salvador; que la radicalización de la IMA se tradujo en el cambio de su vocero, es decir, al pasar del *Boletín* a la revista *Liberación*; que tras la represión de fines de 1930 la IMA dejó de operar por varios años.⁴⁵

En particular debemos rescatar su incidencia en los espacios de sociabilidad urbanos, entre las entidades políticas, sindicales, culturales y educativas, como las universidades populares, así como en los cafés y bares, propios de la tertulia o la conversación cerrada. Jorge del Valle, el exiliado guatemalteco en Buenos Aires, exaltó en 1927 el papel cumplido por las universidades populares en las luchas sociales y antiimperialistas llevadas a cabo “en las repúblicas de América Central y el Perú”.⁴⁶

En 1928 se constituyó la Universidad Popular Marco Aurelio Soto, en Tegucigalpa, Honduras. Participaron en su fundación la Sociedad Cultura Femenina liderada por Graciela García y el Gru-

⁴⁴ *Idem.*

⁴⁵ Juan José Arévalo, *La Argentina que yo viví (1927-1944)*. Ed. de Carlos Balleza. México, Costa-Amic Editor, 1974, pp. 72-84 y 184-191.

⁴⁶ *La Chispa*, *op. cit.*, p. 2.

po Renovación, representado por el escritor Arturo Martínez Galindo. Entre los dirigentes de la recién fundada Universidad Popular destacó Gregoria Isabel López, y por sus espacios pasaron no pocos intelectuales extranjeros.

Mármol recuerda el papel cumplido por el Centro Cultural de Ilopango, muy próximo en su función al cumplido por la Universidad Popular de San Salvador. Fueron tribunales itinerantes que llegaban en ferrocarril y que eran recibidos bajo el decorado de lo que acostumbraban llamar *domingos alegres*, a modo de extender el radio de su público local.

Por la tribuna cultural de Ilopango pasaron Salvador Ricardo Merlos, el profesor Chico Morán, la intelectual Zoila Argentina Jovel, el escritor peruano Esteban Pavletich. El proyecto cultural en Ilopango, impulsado por la Sociedad de Obreros, Campesinos y Pescadores, apeló a diversos medios de cooptación popular, y muy particularmente juvenil. A la conferencia seguía la rifa, el paseo reflexivo o memorioso y la canción. La reorientación clasista de la Sociedad y el Centro Cultural no tardarían en librar batallas y resentir la represión gubernamental.⁴⁷

Hubo también un proyecto pionero de escuela comunista que se apoyaba en la disposición solidaria del intelectual Alfredo Díaz Nuila, que “tenía algunos conocimientos marxistas, fruto de sus estudios en el extranjero”. Díaz Nuila dirigió durante un tiempo el círculo obrero a partir de la enseñanza y lectura de la obra de Nicolás Bujarin *El ABC del comunismo*, referente que no contrariaba los inicios del *tercer periodo* en América Latina, independientemente de que este dirigente ruso hubiese sido defenestrado de la dirección de la Internacional Comunista, y criticado duramente por Stalin por sus posturas frente a la NEP y el campesinado ruso.

En lo general, la formación cultural de los cuadros cominternistas salvadoreños no podía generar un cinturón sanitario frente a las lecturas y corrientes hegemónicas del pensamiento latinoamericano. No es casual que Mármol evoque que en dicha escuela de cuadros participaba también el poeta Francisco Luarca, vinculado a las tesis regeneracionistas y espiritualistas de Alberto Masferrer, José Vasconcelos y José Enrique Rodó, pero que aportaba un discurso defensor del asociacionismo obrero y de la fuerza que podía ser capaz de desplegar en la sociedad.⁴⁸

La conformación y accionar del Buró del Caribe entre las Antillas mayores, América Central, México y Venezuela configuró un nuevo corredor de cuadros y redes políticas. La sede del Buró del Caribe se turnó, en 1930, de México a Nueva York, por razones políticas más favorables. Desde este núcleo dirigente cominternista se orientó y fiscalizó el trabajo de las nacientes secciones centroamericanas. Sin embargo, se crearon otros vínculos de subalternidad política diferencial con respecto a Moscú, París, Montevideo y Buenos Aires. Por ello debe recordarse que a mediados de 1929 se hizo presente una delegación centroamericana en la fundación de la Confederación Sindical Latino Americana en Montevideo, y en los debates de la Primera Conferencia Comunista Latino Americana en Buenos Aires. Uno y otro fueron hitos decisivos en el relanzamiento del proyecto cominternista para América Central, como también lo fueron los delegados enviados a Moscú.

El comunista guatemalteco Antonio Cumes fue una figura relevante en esta fase inicial que nos permite mostrar el tejido complejo de las redes cominternistas en que se fueron insertando

⁴⁷ Roque Dalton, *Miguel Mármol. Los sucesos de 1932 en El Salvador*. México, Ediciones Cuicuilco, 1982, pp. 122-123 y 134-136.

⁴⁸ *Ibidem*, p. 146.

y que no siempre se mostraron eficientes. Cumes llegó tarde al VI Congreso de la Internacional Comunista, que se llevó a cabo del 17 de julio al 1 de septiembre de 1928, debido a una inexplicable demora en la comunicación por parte del Partido Comunista de México, que afectó los alcances de las directivas del Buró del Caribe. Sin embargo, Cumes pudo asistir al Congreso de la Internacional Juvenil Comunista y contactarse con el Secretariado Latino de la Internacional Comunista. Al VI Congreso de la IC había asistido el delegado estadounidense Richard F. Phillips, quien usaba el pseudónimo de Manuel Gómez, y que estaba interesado en la cuestión centroamericana. No tenemos constancia de un posible encuentro entre Cumes y Phillips, aunque es posible que los cuadros afines encontrasen en Moscú espacios de encuentro. En 1929 Cumes participó tanto en la reunión sindical de Uruguay como en la comunista de Argentina. Fue comisionado para realizar una intensa gira organizativa en América Central, lo que le costó, poco tiempo después, una detención muy penosa y cruel en la Guatemala del dictador Ubico.⁴⁹

En ese nuevo contexto resulta comprensible que los cuadros itinerantes extranjeros anduviesen vinculados esporádicamente a los procesos de formación partidaria en uno o más países de la región: los venezolanos Gustavo Machado y Ricardo Martínez, el ruso Mineff, el cubano Jorge Vivó, el estadounidense Russel Blackwell, los mexicanos Carlos Ardón o Rendón y Jorge Fernández Anaya, el peruano Jacobo Hurtwitz, entre otros.⁵⁰ Al decir del salvadoreño Miguel Ángel Vásquez, los que más transitaron el área fueron los cuadros venezolanos seguidos de los mexicanos.⁵¹ Sin embargo, fueron los mexicanos lo que cumplieron un papel de primer orden en la construcción cominternista en la región.

Un tercer hito en el proyecto cominternista regional nos remite a la participación de los delegados centroamericanos en la Conferencia de Sindicatos de América Latina, celebrada tras concluir el V Congreso de la ISR en Moscú, en julio de 1930. Ellos recibieron de parte del dirigente cominternista Manuilsky orientaciones sobre las formas y métodos del trabajo legal e ilegal, así como sobre los métodos de lucha a aplicar en sus países.⁵² La receta no calzaba con las exigencias concretas de los escenarios centroamericanos, en donde la participación en las elecciones con fines de propaganda y acumulación de fuerzas corría paralela a la actividad conspirativa revolucionaria.

Dos años antes, Mineff, del cuadro ruso, bajo el pseudónimo de Pedro Moreno, había dejado significativa huella en América Central en la fase inicial de construcción del Bloque Obrero y Campesino, hasta que fue detenido en Guatemala y deportado después.⁵³

Ir al pueblo no era lo mismo que ser proletario

Los intelectuales cominternistas o filocominternistas resintieron en América Central su descentramiento, tras la implantación de las campañas de bolchevización impulsadas por la KOMINTERN, lo

⁴⁹ Mármol, en E. Isunza Vera, *op. cit.*, p. 180.

⁵⁰ R. Dalton, *op. cit.*, p. 145.

⁵¹ Vásquez, en E. Isunza Vera, *op. cit.*, p. 63.

⁵² Rodolfo Cerdas Cruz, *La boz y el machete*. Costa Rica, Editorial Universidad Estatal a Distancia, 1986, p. 277.

⁵³ A. Taracena Arriola, doc. meconestricto, s/f, *op. cit.*, p. 20.

mismo que había sucedido en el resto del continente y del mundo. El descentramiento entre capital letrado e intelectuales generó un campo de tensión política muy fuerte, que generó las más variadas respuestas: disensos, expulsiones, censuras, autodisciplinamiento. La intelectualidad fue estigmatizada por su adscripción clasista al campo de la pequeña burguesía, considerada *confusionista* o potencialmente traidora a la causa histórica del proletariado. Las relaciones entre los trabajadores e intelectuales o pequeño burgueses se tornaron conflictivas bajo el nuevo influjo cominternista.

La comunista Graciela García recuerda que en 1930, cuando el venezolano Ricardo Martínez, dirigente del Buró del Caribe, asumió la tarea de remodelar al naciente Partido Comunista de Honduras, los elogió por seguir *casi a la letra* los principios que rigen a la Internacional Comunista, los cuales permitían que dicho partido exhibiera como virtudes: “una disciplina de hierro —cuasi militar—, la lucha contra los líderes reformistas y la agitación y propaganda permanente entre las masas”.⁵⁴

En contraste con esos elogios, según los recuerdos de Graciela García, Martínez centró sus críticas en el escenario burgués, donde se reunían los dirigentes comunistas hondureños. Los convocó a precarizar los escenarios de reunión, modo en que entendía la formal proletarización. “Los comunistas tenemos que ser modestos, no podemos criticar a los burgueses desde la comodidad de un salón alfombrado”.⁵⁵

Esta crítica estaliniana al estilo de la formulada por Martínez fue muy extendida durante el *tercer periodo* y tuvo sus excesos y costos políticos. La idea de proletarizarse en las formas y en el modo de vida tenía un fondo de idealizado puritanismo proletario. El Partido Comunista de El Salvador tuvo en su dirección a dos profesores primarios, Víctor Manuel Ángulo y Juan Campos Bolaños, con funciones importantes que se desprendían de sus respectivas secretarías de organización y propaganda.⁵⁶ Estos maestros gozaron desde el mirador de la Internacional Comunista de un estatus especial entre todas las categorías intelectuales, respaldados por su adhesión a la Internacional Magisterial Americana, fundada en 1928 como rama continental de la Internacional de Trabajadores de la Enseñanza (ITE), con sede en París y a cargo de Barbusse. Los profesores casi salían de las filas estigmatizadas de la pequeña burguesía.

El salvadoreño Miguel Mármol evocaba con desagrado las posturas “extremistas y pueriles” contra la pequeña burguesía, y todo lo que se asemejase a sus imágenes estereotipadas. Más puntualmente señaló su rechazo frente a lo que les tocó vivir en los siguientes términos:

[...] la ola de lo que yo llamo “proletarismo estúpido” nos hizo mucho daño entonces y después. Prácticamente era considerado como un crimen el uso de la corbata por parte de los comunistas. Yo tuve que botar mis camisas de cuello, porque solo en camiseta era uno bien recibido entre los compañeros. En caso contrario, caían sobre uno las burlas, las cuchufletas y en ocasiones hasta los insultos. En lugar de cinturón de cuero, llegué a usar una pita de cáñamo para sostener los pantalones. Desde luego que esto era incomprendible para nuestras familias y para muchos compañeros. Hubo militantes abnegados que nos manifestaron sus dudas ante aquellas actitudes: —Por la

⁵⁴ R. Villars, *op. cit.*, pp. 148-149.

⁵⁵ *Ibid.*, p. 149.

⁵⁶ R. Dalton, *op. cit.*, p. 156.

gran chucha, camaradas, ¿quiere decir que para ser comunistas tenemos que llegar a ser los más pobres y andar todos jodidos?⁵⁷

Estas directivas de formal proletarización que nos sorprenden en la actualidad, acaso nos revelan una carga cultural propia del barroco latinoamericano, asociada a ciertas imágenes cristianas que reivindicaban las virtudes de la austeridad y la pobreza. El testimonio del costarricense Cerdas Mora es elocuente:

Existía una mística extraordinaria. La gente se peleaba por hacer las tareas más duras y difíciles y se ofendían si les daban las fáciles. Eso sí, éramos muy sectarios. Al local del Partido no podía entrar nadie que viniera con corbata, lo devolvían. Resulta que los sastres siempre andaban con corbata y muy bien vestidos. Uno de ellos, que fue una gran persona y excelente militante, Ricardo Villalobos, llegó un día en camisa y pidió hablar con la Dirección. Nos dijo que nosotros estábamos llevando eso al extremo y explicó las condiciones en que vivían los sastres. Algo cambió, pero no demasiado. Todavía al que llegaba con corbata se le decía que venía de “orejas”, que era un espía, y a veces hasta había golpes.⁵⁸

Por otro lado, entre los sindicatos y organizaciones obreras se había construido un interesante patrimonio letrado. Las propias organizaciones sindicales fueron receptoras de materiales impresos fuera del país, principalmente periódicos de diversas tendencias ideológicas que sirvieron de polo de consulta y actualización, tanto de cuadros sindicales como intelectuales. Al respecto, el salvadoreño Mármol da cuenta de la función cumplida por la principal federación sindical de su país:

La Sede de la Federación Regional de Trabajadores en San Salvador era el centro donde nos llegaba la intensa propaganda internacional de aquella época. Recibíamos materiales de Holanda, Argentina, Francia, Italia, Estados Unidos, México, etc., en los cuales se reflejaban varias tendencias y posiciones que por entonces influenciaban al movimiento obrero mundial. Así llegaban a nuestro país las tendencias reformistas, anarco sindicalistas, anarquistas y comunistas que se disputaban la hegemonía en el movimiento obrero internacional.⁵⁹

El proceso de radicalización en las principales sociedades obreras centroamericanas fue facilitado por las secuelas de la crisis internacional de 1929 que se prolongaron durante casi un quinquenio. La huelga, a pesar de sus reveses, cobró centralidad en la nueva estrategia defensiva de los trabajadores del campo y de la ciudad frente al deterioro de sus condiciones de vida y de trabajo. La evidente parcialidad que los gobiernos autoritarios centroamericanos mantuvieron frente a las empresas estadounidenses, los empresarios y terratenientes nacionales se agudizó en tiempos de crisis. En ese contexto, las preferencias por el sindicalismo clasista o revolucionario y las ideas maximalistas lograron cierta visibilidad. Mármol da cuenta de las nuevas lecturas de los sindicalistas:

⁵⁷ *Ibid.*, p. 79.

⁵⁸ Jaime Cerdas Mora, *La otra vanguardia. Memorias*. Transcripción, selecc. y pról. de Marjorie Ross. San José de Costa Rica, Editorial Universidad Estatal a Distancia, 1993, p. 66.

⁵⁹ R. Dalton, *op. cit.*, pp. 143-144.

[...] nutriéndonos con los folletos de Lossovky, la propaganda que llegaba desde la URSS, el periódico *El Machete* del Partido Comunista Mexicano, el Boletín del Buró del Caribe de la Internacional Comunista, las primeras críticas del camarada Stalin a la colectivización, etc. Posteriormente comenzamos a leer al camarada Lenin, que fue quien verdaderamente nos abrió los ojos hacia las nuevas formas de organización y hacia las nuevas actitudes personales y colectivas que la Revolución y el movimiento obrero necesitaban en los nuevos tiempos. Leímos poco de Lenin, lo que pudimos conseguir. Pero por lo menos conocimos *El izquierdismo, enfermedad infantil del comunismo, La revolución proletaria y el renegado Kautsky*, etc.⁶⁰

El perfil social de los lectores de textos cominternistas en la región muy pocas veces salió de las fronteras de las organizaciones que le eran afines y que contaban con significativa base laboral. El lenguaje cominternista, a diferencia del usado por los anarquistas, demandó cierto refinamiento y cuidado en el uso de cadenas y campos semánticos y simbólicos. En palabras de la profesora y feminista Graciela García, de Honduras, hasta mediados de 1930 el Partido Comunista carecía de “una estructura orgánica definida”. Sobresalían en número los obreros y artesanos frente a una escasa presencia de intelectuales.⁶¹ La composición social del partido hondureño era principalmente proletaria, lo cual venía bien si se considera el ideal de la concepción estaliniana sobre el *tercer periodo*, y la táctica de *clase contra clase*. Pero el asunto no era tan sencillo, debido a que muchos de los miembros del partido eran también dirigentes sindicales, lo que complicaba las fronteras e identidades tanto del partido como del sindicato. La circunstancia que rodea el acto fundacional del partido, cumplido en la sede del sindicato La Fraternidad en la ciudad de San Pedro Sula resulta reveladora. Por ello tiene razón Graciela García cuando afirma:

[...] que es imposible hablar del Partido Comunista de Honduras sin hacer referencia a la Federación Sindical Hondureña. Organización sindical y organización partidaria estuvieron tan estrechamente ligadas, que hubo momentos en que los límites de ambas instancias se confundieron. Si bien nosotros entendimos la diferencia existente entre un partido y una federación sindical, en la práctica no pudimos establecer esa diferencia. Esta dificultad se vio acentuada por los efectos de la propaganda que nos llegaba de la III Internacional y de la Internacional Sindical Roja, en la cual se enfatizaba siempre en la relación orgánica e indisoluble que debía existir entre los sindicatos clasistas y los partidos comunistas.⁶²

En el terreno orgánico, como bien lo recuerda Graciela García, la equivalencia que se desprendía de las tareas de organización de los comunistas hondureños confundía los límites del círculo sindical y del círculo o comité rojo, y, a escala mayor, las fronteras de la federación sindical y el partido se volvían difusas. Pero el hondureño no fue un caso excepcional. El proceso de adoctrinamiento ideológico y político cumplido por los costarricenses no parece haber diferenciado entre las exigencias del partido y las del sindicalismo clasista. En el seno de los partidos comunistas centroamericanos se diluyeron las fronteras y jerarquías entre los cuadros sindicales e intelectuales.

⁶⁰ *Ibid.*, pp. 143-144.

⁶¹ R. Villars, *op. cit.*, p. 148.

⁶² *Ibid.*, p. 142.

Jaime Cerdas relata aspectos sobre sus reuniones de madrugada y nos indica cuáles eran las lecturas centrales sobre las que gravitaban las figuras de Engels y Lenin, más que la del propio Stalin:

Todas las noches celebrábamos reuniones, y en las madrugadas se daban cursos de marxismo, de economía política, etc. Ya para entonces nos llegaba más literatura marxista. El segundo libro que me leí fue *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*, de Engels. Después *El anti-Dübring*, y más adelante estudiamos en conjunto ciertos capítulos de *El capital*, bajo la dirección de Manuel. Los obreros llegaban a las cuatro de la mañana a estudiar, y a las seis se iban yendo para sus trabajos. No teníamos revolucionarios profesionales, ni burocracia partidaria. Pero teníamos partido y masas. Y sobre todo, mística.⁶³

Propio del capital letrado del *tercer periodo* fue la recuperación de la obra de Engels.⁶⁴ En 1932, la editorial Cenit de Madrid tradujo y publicó *El anti-Dübring*, el cual circuló en los contextos de habla hispana, por lo que presumimos que esa debió ser la edición aludida por Jaime Cerdas. En 1932, el Buró del Caribe distribuía una serie de publicaciones, en su mayoría folletos, que incidieron en su formación, tanto como las lecturas de los periódicos y revistas regionales e internacionales. Las lecturas y la producción ideológica quedaron en cierto sentido fuera de las manos de los intelectuales, dado el peso creciente de los cuadros políticos y sindicales.

Entre los textos publicados de mayor demanda figuraban: *Principios del comunismo* de Engels; *El manifiesto comunista* de Marx y Engels; *El imperialismo, última etapa del capitalismo* y *El Estado y la revolución* de Lenin; *De la huelga general a la toma del poder* y *Crisis económicas y luchas obreras* de Losovsky; *Esclavitud capitalista y organización social del trabajo* de Radek; *Métodos y tácticas revolucionarias* (tesis del V Congreso de la ISR); *Las tareas de los sindicatos latinoamericanos* y *Los obreros agrícolas y los sindicatos revolucionarios*.⁶⁵ Puede observarse que los tópicos centrales giraron en torno al Estado, al imperialismo y a la lucha revolucionaria y antiimperialista. Revelan también un gran énfasis en tópicos de organización y lucha marcados por el tenor izquierdista del sindicalismo rojo. Nótese también que Stalin no aparecía entre los autores, aunque sí en cantidad discreta e intermitente en las publicaciones periódicas.

Hasta 1932 las directivas de la Internacional Comunista resultaron insuficientes para imponer un canon doctrinario faccioso, aunque encontramos atisbos confiables acerca de su construcción. Lo refrendan los textos de Lenin sobre el imperialismo, no así los de Bujarin, Radek, Trotsky o Stalin. Engels destaca más que Marx en el universo de las lecturas, aunque la primacía simbólica del segundo sea innegable. Tampoco en el campo literario logró imponerse el paradigma del realismo socialista. En cambio, en torno a las cuestiones sindicales los textos de Losovsky fueron indisputa-

⁶³ R. Cerdas Mora, *op. cit.*, p. 55.

⁶⁴ Es sintomático que el diario soviético *Pravda*, núm. 15, editado el 18 de enero de 1929, rescatara del olvido el texto inédito de Lenin, "Sobre el Estado", que recogía su disertación engelsista del 19 de julio de 1919 en la Universidad Sverdlov. Poco después devino en un texto de lectura de los cominternistas del *tercer periodo*, y aún del periodo del frente popular, como bien lo ha documentado Jorge Fuentes Morúa en "La impronta engelsiana en la formación de la intelectualidad comunista", inserta en este mismo volumen.

⁶⁵ Relación extraída de la "Lista del servicio de Libros de Mundo Obrero", *Mundo Obrero*, núm. 13. Nueva York, agosto, 1932.

bles, casi únicos. Con base en esta revisión consideramos que la canonización de los textos cominternistas resultó inconclusa para los años estudiados, más allá de la precaria familiaridad con algunos de ellos, traducidos o leídos en castellano.⁶⁶

Al decir de Graciela García, la formación de los círculos en Honduras respondió a una inquietud por aproximarse a las lecturas marxistas-leninistas, y a la construcción del socialismo en la URSS, influenciados por las repercusiones de la Revolución rusa. Sorprende la circulación de textos marxistas, vía el corredor centroamericano y las redes filo cominternistas, entre los cuadros de Honduras, El Salvador y Guatemala, aunque quizás se omita las no desdeñables ligas con los cuadros de Cuba y México:

Cada tres noches, un grupo de aproximadamente diez compañeros nos reuníamos en la casa de mi suegro, Miguel A. García, ubicada en el barrio La Moncada de Tegucigalpa, para discutir con pasión los libros básicos sobre el socialismo que llegaban a la librería del nicaragüense Rafael Ramírez Delgado, o a las manos de los compañeros que viajaban con fines políticos a El Salvador y Guatemala. Recuerdo que llegamos a conocer incluso *El capital* a través de las síntesis que sobre este libro nos hacía el compañero salvadoreño Víctor Manuel Angulo.⁶⁷

En el seno del círculo de Tegucigalpa se constituyó el Partido Comunista de Honduras, apoyándose principalmente en sus círculos urbanos, vía sus representantes: Progreso (Carlos Velásquez), puerto de Tela (Hermenegildo Briceño), San Pedro Sula (Fidel Miranda), puerto La Ceiba (Zoroastro Montes de Oca), puerto Castilla (Juan C. Barahona), San Juancito (Victoriano Salgado), para lo que en el acto de fundación en San Pedro de Sula se nombró una comisión encargada de redactar el programa y los estatutos. La redacción de estos documentos tuvo un carácter especial, y podemos suponer que los cuadros resintieron el peso simbólico y real de los mismos, al subordinar la mayor flexibilidad que emanaba de la tradición y la comunicación oral. Luego vendrían las invitaciones escritas de adhesión a trabajadores de distintas localidades del país.

A nivel de dirección, y en coordinación con la secretaría general, funcionaron tres secretarías: la de propaganda, la de finanzas y la de educación política, y se fundaron los comités regionales.⁶⁸ El testimonio de Graciela García al respecto es contundente, cuando afirma: “Lo que sí nunca tuvo el partido fueron células o unidades de base”.⁶⁹

La propaganda impresa permitió que el Partido Comunista de Honduras cobrase visibilidad política en la clandestinidad, y se dejase sentir en espacios públicos y privados donde se dejaban, de manera anónima, las hojas impresas. La maquinaria de propaganda requería de una imprenta, la cual fue armada por el dirigente Felipe Armando Amaya, con piezas sustraídas de la Tipografía Nacional por dos militantes que allí laboraban. La imprenta fue trasladada constantemente de lugar

⁶⁶ No encontramos en Wolfgang Iser, *Rutas de la interpretación*. México, FCE, 2005, p.43. (Colección Popoluar, 545) ese “proceso de selección de textos que se convertirán en objeto de interpretación, lo que al mismo tiempo los eleva a una posición de censura respecto de otros textos cuyo estudio e interpretación incluso puede prohibirse, debido a que la cancelación de sus pretensiones de validez contribuye a estabilizar la autoridad de los textos que se eligieron”.

⁶⁷ R. Villars, *op. cit.*, p. 139.

⁶⁸ *Ibid.*, pp. 139-140.

⁶⁹ *Ibid.*, p. 140.

para aminorar los riesgos de allanamiento y decomiso. Las reuniones políticas se realizaban en las afueras de Tegucigalpa, a donde se trasladaban los militantes en turnos diferentes y por parejas, para poder sortear los controles del gobierno de Carías. En la costa norte, los comunistas hondureños celebraban sus reuniones muy noche y a oscuras, en casas habitación.⁷⁰

De toda la prensa cominternista de esos años *Trabajo*, el órgano vocero del Partido Comunista de Costa Rica, es el único que ha podido ser rescatado y estudiado. El 14 de julio de 1931 salió su primer número, en edición de cuatro páginas. Un reporte de la embajada estadounidense, rescatado por el historiador Iván Molina, hace referencia a su perfil ideológico-político, así como a su circuito y modalidad de distribución. Dice:

Contiene un artículo central sobre Karl Marx, varios artículos consagrados a los trabajadores, artículos favorables a la Unión Soviética, y uno con énfasis especial en unir a los estudiantes de Costa Rica con el elemento trabajador [...] Trabajo aparece a intervalos irregulares; no está disponible en los puestos de revistas, y debe ser obtenido de amigos de las clases trabajadoras o de pregoneros que frecuentan los distritos en los cuales las clases trabajadoras viven y laboran.⁷¹

Molina detalla la política de capitalización para sostener la edición de *Trabajo*, apoyándose en suscripciones, actividades y premios dirigidos a los distribuidores y pregoneros, según sus ventas y pago puntual de las remesas.⁷²

La literatura partidaria de esos años fabricó fantasmas, lo que no quiere decir que algunos de ellos no tuvieran asidero real, ya que en efecto hubo infiltración policial y política de los gobiernos, así como germinales posiciones caras al trotskismo y al reformismo socialista. Las páginas de los diarios, así como las hojas volantes de los cominternistas centroamericanos, constituyen una radiografía de este fenómeno que se acentuó después del VI Congreso de la Internacional Comunista y la salida de Bujarin de su dirección.

A mediados de 1929, el delegado comunista de Guatemala ante la Primera Conferencia Comunista Latinoamericana calificó al Partido Socialista de su país “tanto o más degenerado que los restantes partidos de la II Internacional”. Y agregó:

¿Debemos concurrir a las reuniones que nos citan o al contrario, debemos combatir a ese partido con ahínco? A mí me parece que nuestra posición frente a este asunto es de combate franco y desenmascarar a este partido ante las masas como colaboracionista y puntal directo del Estado burgués en general y, especialmente, del actual gobierno guatemalteco.⁷³

⁷⁰ *Ibid.*, p. 170.

⁷¹ I. Molina, *op. cit.*, p. 3.

⁷² *Ibid.*, pp. 4 y ss.

⁷³ Secretariado Sudamericano de la Internacional Comunista, “El movimiento revolucionario latinoamericano. Versiones de la primera conferencia comunista latinoamericana”, en *Revista La Correspondencia Sudamericana*. Buenos Aires, junio, 1929, pp. 180-181.

Al cierre

A lo largo de esta comunicación, que constituye un primer avance de investigación, sólo hemos pretendido abrir algunas ventanas a la problemática de una intelectualidad poco estudiada en el contexto centroamericano, la filiada como cominternista. La conceptualización del intelectual cominternista solventada por la revisión de la casuística centroamericana merece ser puesta a prueba en otros escenarios latinoamericanos, unos con mayor o menor tradición letrada y presencia del Comintern. La adhesión al marxismo-leninismo sólo permite ver una de las aristas más formales de la recepción cominternista, por lo que intentamos aproximarnos al proceso de construcción de su cultura política, que no terminó de romper con la tradición liberal, por los márgenes que algunas de sus figuras le daban a través de sus redes y sus espacios de sociabilidad.

No hemos podido atender con detalle, tal como lo hubiéramos deseado, la diferencialidad del quehacer intelectual en las filas cominternistas y en el seno de sus diversas instituciones vinculadas al capital letrado. Sin embargo, creemos haber cumplido el cometido de darle visibilidad en el marco de la confluencia y la contradicción de las diversas corrientes de pensamiento que modelaban la cultura de la izquierda.

A fines del *tercer periodo* (1934) el debate sobre la universidad popular enfrentó a la dirección del Partido Comunista de Costa Rica con el Secretariado de la Internacional Comunista que la caracterizaba como una “organización ecléctica”. La Universidad Popular en Costa Rica, fundada en 1932, constituía, para el partido de dicho país, un medio de difusión y enseñanza abierto del “marxismo-leninismo”.⁷⁴

En el caso de las redes de los intelectuales cominternistas algo hemos avanzado, aunque sin atender sus dos frentes: las tejidas más allá de sus organizaciones y adscripciones ideológicas políticas, y las propias. Cómo se habrá podido percatar el lector, nuestros intelectuales cominternistas auspiciaron y sostuvieron su quehacer intelectual en la perspectiva de ir al pueblo, más que en la de enclaustrarse en el campo intelectual en el que se situaban sus pares y adversarios. Y es probable que esta postura hiciera más ríspida su batalla, ya que tuvieron que asumir los riesgos inevitables de la censura, la represión, la requisa de sus bienes culturales (bibliotecas, obras propias editadas e inéditas), el exilio y la cárcel.

La tendencia general de construir la certeza cominternista sobre la justeza de su mutante línea política fue menor al alcance que logró el reconocimiento de que la fuerza de las ideas revolucionarias dependía de su capacidad de inserción en las masas.

⁷⁴ Partido Comunista de Costa Rica, “Congreso del Partido. 11 de marzo de 1935”, en *Revista de Historia*, núm. 37. San José, enero-junio, 1998, pp. 176-180.